

Robichaux, David. **Introducción.** *En publicación: Familia y Diversidad en América Latina. Estudios de casos.*
Robichaux, David. CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, Buenos Aires. Septiembre 2007.
ISBN 978-987-1183-74-6

Disponible en: <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/grupos/robichaux/01-intro.pdf>

Red de Bibliotecas Virtuales de Ciencias Sociales de América Latina y el Caribe de la Red CLACSO

<http://www.clacso.org.ar/biblioteca>
biblioteca@clacso.edu.ar

DAVID ROBICHAUX

INTRODUCCIÓN

DIVERSIDAD FAMILIAR EN
AMÉRICA LATINA: PERSPECTIVAS
MULTIDISCIPLINARIAS

EN LAS CIENCIAS SOCIALES en América Latina se ha registrado una importante tendencia a generalizar y homogeneizar, olvidando a menudo la gran diversidad cultural del continente. Abordada el área desde el punto de vista de la *cultura*, se ha enfatizado lo hegemónico, caracterizado como *ibérico*, *mediterráneo* o una de las variantes portuguesa y española en sus versiones locales. Suele olvidarse que los procesos de conquista, colonización y articulación con el sistema mundial fueron muy diversos, resultando en formaciones muy distintas a partir de numerosas tradiciones culturales, importación de población esclava, distintos grados de supervivencia de la población aborígen y muy variados procesos de mestizaje biológico y cultural. En materia de estudios de la familia, esta tendencia homogeneizadora también ha predominado.

En sus esfuerzos por establecer estados-nación que reunían poblaciones descendientes de pueblos autóctonos, criollos, inmigrantes, mestizos y esclavos surgidos durante el período colonial, la diversidad en sus distintas manifestaciones ha sido frecuentemente ocultada e incluso reprimida en aras de la unidad nacional o la modernización. Por su parte, las tendencias generalizantes de las distintas tradiciones de las ciencias sociales han servido para reforzar lo homogéneo y descuidar lo particular, y de ahí la diversidad. Estos y otros factores han convergido para dar la impresión de homogeneidad en la organización y los procesos familiares en América Latina.

Uno de los propósitos de esta pequeña muestra de la diversidad latinoamericana en materia de familia es intentar pensar la realidad de la región en términos de casos particulares. A mi modo de ver, observar las realidades concretas más próximas que se encuentran entre los diferentes estratos sociales y grupos socioculturales de los países de América Latina y el Caribe constituye el camino que debe seguirse para renovar las ciencias sociales y fortalecer el proceso de creación de conocimiento propio de la región. Lidar con esta diversidad, siguiendo las pistas que las mismas realidades concretas brindan al investigador, debe servir como estímulo a la imaginación de este, obligándolo a entrar en diálogo con los cuerpos teóricos universales y sus correspondientes herramientas conceptuales. Ello implica una revisión de teorías y conceptos, y su consecuente renovación y reformulación al adecuarlos a la interpretación de las realidades latinoamericanas más inmediatas y sus múltiples manifestaciones.

En América Latina, el conocimiento sobre la sociedad ha estado frecuentemente asociado con modelos de cambio, tanto en lo que se refiere a utopías como a proyectos reales de transformación. Desde la reorganización de los pueblos indígenas por los misioneros, pasando por el indigenismo del Estado mexicano, hasta los programas surgidos con el desarrollismo en su auge de fines del siglo XX –e incluso los recientes programas de ajuste económico y acciones de las ONG con grupos precarios–, todos los proyectos de cambio social aplicados a la sociedad tienen un importante componente de *deber ser*. Sólo puede lograrse incidir exitosamente en la realidad social a partir del conocimiento de la realidad. Tal vez, el desconocimiento de la diversidad ha sido una de las causas del fracaso de los distintos modelos de las ciencias sociales y los proyectos de cambio social en sus esfuerzos por atinar la realidad.

La vía para el desarrollo del pensamiento crítico y la comprensión de las realidades latinoamericanas debe pasar por el juicioso concurso de las visiones micro y macro y el diálogo entre los casos concretos y el aparejo teórico-conceptual originariamente diseñado para abordar las sociedades de los países hegemónicos. Así, de manera paralela a las dicotomías que aquí se han venido esbozando, podría sugerirse otra: la dicotomía entre las ciencias sociales hegemónicas que han tenido voces fuertes porque abordan lo *grande* y aquellas ampliamente representadas aquí –como la antropología, la historia y la psicología– que han sido poco escuchadas en el concierto de las ciencias sociales.

Los aportes de cada disciplina aquí representada muestran también las particularidades de sus avances en los países de origen de los autores. El desarrollo de las ciencias sociales en el contexto latinoamericano ha reflejado los contextos económicos y políticos específicos de cada país. No es lo mismo el estado de las ciencias sociales en países que en las últimas décadas del siglo XX fueron gobernados por dictaduras militares que en

aquellos que han gozado de una paz relativa. Tampoco es posible comparar la situación de las ciencias sociales en países grandes, donde han florecido las universidades e institutos de investigación, con la de países pequeños, en los que las cuestiones de presupuesto y las economías de escala han trazado el rumbo de estas disciplinas. En algunos países, las ciencias sociales han mantenido una estrecha colaboración con el Estado, como fue el caso, durante mucho tiempo, de la antropología en México. Situaciones parecidas se produjeron en países donde las ciencias sociales han debido dedicarse a las investigaciones prácticas y aplicadas, encargadas por el Estado, algún organismo internacional u ONG. En algunos países, de hecho, la práctica de las disciplinas sociales se limita a estas actividades, lo que ha resultado en un espacio académico muy reducido. Con lo anterior, de ninguna manera se pretende que las ciencias sociales sean *puras*, es decir, que puedan operar sin referente alguno sobre lo que pasa en la sociedad. Pero al no contar con espacios relativamente libres de la necesidad de producir resultados de aplicación inmediata, se torna difícil la producción de modelos latinoamericanos propios y de pensamiento crítico.

La tendencia a las investigaciones que tienen aplicaciones inmediatas o casi inmediatas se debe también, en parte, a las políticas neoliberales y los consecuentes recortes presupuestarios en investigación. Irónicamente, muchas de estas investigaciones tienen como objetivo aliviar la misma pobreza que se ha extendido y profundizado como consecuencia de la globalización neoliberal; y, con frecuencia, el grupo familiar ha sido el blanco de dichas políticas. Mientras que en el modelo de desarrollo anterior los logros de la planificación estatal se manifestaron en crecientes niveles de vida para las familias, ahora la mayor dependencia del sector privado le otorga a la familia más protagonismo en el análisis social. Tanto antes como ahora, el grupo familiar ha sido un microcosmos de lo que sucede en la sociedad mayor. Aunque cada política de ajuste ha resultado diferente, todas comparten los mismos supuestos y todas, en sus distintas modalidades, se han traducido en una creciente reducción de las redes de seguridad (que hacia la mitad del siglo XX el Estado tendía a ampliar) así como en la imposición de una ideología que prioriza el esfuerzo individual como recurso fundamental de protección frente a los embates de los vaivenes económicos. Todos los logros obtenidos bajo el esquema fordista en los países capitalistas han sido cuestionados y menguados en esta nueva fase de acumulación flexible.

En un contexto semejante, resulta razonable la hipótesis de un posible o hasta probable regreso a la familia, que tradicionalmente actuaba como la red de seguridad que el Estado procuró proveer bajo el modelo anterior. A los investigadores nos toca explorar si realmente esto ha sucedido o está sucediendo así. Es decir, en un contexto de mayor precariedad laboral y su concomitante menor protección social, ¿qué papel está jugando la familia en los diferentes sectores socioculturales de las sociedades latinoamericanas? Si antes se pregonaba teóricamente una

cada vez más menguada importancia de la familia como consecuencia de la industrialización y urbanización, ante la reversión o el estancamiento de dichos procesos, tal vez puede pensarse en una tendencia en la dirección contraria. Frecuentemente se ha considerado que la familia en sentido amplio fue el marco en el cual el individuo constituyó su capital social, permitiéndole el acceso a recursos como empleo y otros apoyos. ¿Sigue sucediendo lo mismo en este nuevo contexto? Sin reconocer la gran diversidad de situaciones y formas familiares en el continente latinoamericano y el Caribe, resulta difícil brindar respuestas adecuadas a estas preguntas. Aunque los artículos del presente volumen no se centran mayormente en los impactos de la globalización y las nuevas políticas económicas del Estado en la familia, al menos el reconocimiento de la diferencia nos prepara mejor para examinar dichos impactos en estudios futuros; también puede servir para afinar los enfoques teórico-conceptuales, al adaptarlos a las nuevas situaciones.

Ahora bien, las diversas miradas que se encuentran en los trabajos aquí incluidos son, con la excepción de dos artículos, el producto de la Primera Reunión del Grupo de Trabajo sobre Familia e Infancia del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), realizada del 16 al 18 de julio de 2001 en Managua, Nicaragua. El trabajo de Melesio Peter Espinoza, que fue presentado en la Segunda Reunión de dicho grupo, efectuada en 2002 en La Habana, y el de Roger Magazine, que se dio a conocer en el marco de una reunión del antiguo Grupo de Trabajo de Juventud, llevada a cabo en diciembre de 2000 en San José, Costa Rica, no formaron parte de la reunión de Managua.

El conjunto de artículos que conforman este libro ofrece una amplitud de perspectivas, propias de cada disciplina, que han sido desarrolladas en sus respectivos países y que a veces fueron enriquecidas con miradas interdisciplinarias. Junto a la dificultad de arribar a un lenguaje común que todo esfuerzo interdisciplinario presenta, en el caso particular de la familia existe el notable problema de que cada disciplina tenga diferentes objetivos y, de manera más importante, que la familia haya jugado y juegue distintos papeles en el conjunto de las diversas disciplinas. Por ejemplo, en psicología, algunos de los enfoques le han asignado un papel central a la familia. En antropología, familia y parentesco se abordaban tradicionalmente dentro de un esquema de evolución social. Por su parte, en historia, la familia constituye un tema relativamente reciente, que ha estado sujeto a variados abordajes.

Los estudios aquí presentados son de tipo *micro* y se refieren a sectores socioculturales o socioclasistas de Argentina, Brasil, Cuba, Guatemala, México y Nicaragua, por lo que distan mucho de cubrir toda la amplia gama de la diversidad latinoamericana. Así, se pretende iniciar un proceso exploratorio de esta región, que se espera redunde en futuros estudios de casos; y las cuatro secciones del volumen conforman un pequeño aporte

en esta dirección. En la primera sección, “Enfoques teórico-conceptuales y metodologías”, los cinco artículos, a través de discusiones relativas a modelos y propuestas teóricas y metodológicas, nos presentan algunos elementos para iniciar un debate que tal vez tenga repercusiones en ámbitos más amplios que los tratados específicamente por los autores. Los primeros dos trabajos abordan la cuestión de la utilidad de los modelos desde diferentes perspectivas, quizás propias de las disciplinas de sus autores. A partir del desarrollo de los conceptos particulares de *sistemas familiares y reproducción social*, quien escribe estas líneas hace una amplia revisión de la bibliografía referente a sectores socioculturales con raíces en tradiciones no occidentales, donde se observan prácticas que no se conforman ni al modelo familiar hegemónico emanado de la doctrina tridentina de la Iglesia Católica ni a los tipos familiares descritos en la Península Ibérica. El trabajo plantea la existencia de conjuntos de prácticas que sugieren la continuidad de una variedad de tradiciones culturales que inciden en la formación de la familia residencial y que, en diferentes contextos latinoamericanos, han sido ocultadas, olvidadas o reducidas a estrategias de los pobres para enfrentar la precariedad económica. En las conclusiones, se propone que los conceptos emanados de los numerosos trabajos sobre familia en el Caribe anglófono pueden ofrecer importantes pistas para abordar algunas de las situaciones particulares de las familias en ciertos contextos latinoamericanos.

El artículo de Raquel Gil Montero proporciona un útil análisis de algunos trabajos fundamentales de historiadores que, durante las últimas décadas del siglo XX, constituyeron una importante tendencia en la historia social europea; algunos de estos estudios han incidido, en distinta medida, en las investigaciones en América Latina. A partir de un examen sintético de ciertos materiales de la Península Ibérica, la autora cuestiona la ubicación del llamado *modelo occidental de familia* –es decir, la familia residencial basada en la neolocalidad y la familia nuclear– en un eje evolutivo. A la vez, señala la falacia de un sistema familiar único en el Mediterráneo, un mito que con demasiada frecuencia se ha trasladado acríticamente a América Latina. Por varias razones –afirma Gil Montero– los modelos pioneros desarrollados en los ámbitos europeos chocaron con las realidades latinoamericanas. En primer lugar, la autora muestra la gran brecha que se observaba entre norma y práctica, que se registraba de manera diferencial de acuerdo con el grupo étnico y el momento histórico. Un importante aspecto de la discrepancia consistía en las elevadas tasas de ilegitimidad entre ciertos sectores, lo que redundó en formas familiares muy distintas de los modelos propuestos para Europa. Luego plantea que, a pesar de que sus derechos estaban acotados por la ley, en la práctica, la actividad económica de las mujeres en América, especialmente a la luz de la ausencia de hombres, era mucho más compleja que en Europa. En sus conclusiones, destaca el mestizaje,

la existencia de enormes fronteras y las migraciones que, en diferentes espacios y momentos, fueron los tres factores principales que influyeron profundamente en las formas familiares en América Latina.

Por su parte, el trabajo de Santiago Bastos Amigo sobre los hogares de los sectores populares de la ciudad de Guatemala destaca la importancia de introducir el concepto de *cultura* en el análisis. El autor llega a esta conclusión a través de un acucioso repaso de los comportamientos de los hombres en sus hogares. Así, encuentra que estos no siempre cumplen con lo que se supone es su papel en el llamado *patriarcado*, ya que en muchos casos la mujer debe hacer aportes para la manutención del hogar. Señala que el patrón cultural y social que debe guiar el comportamiento de los hombres suele ser ambiguo e, incluso, contradictorio. De acuerdo con Bastos Amigo, los hombres frecuentemente se encuentran en un dilema, al tener que mostrar una imagen de hombre autónomo y libre ante sus pares, al tiempo que deben cumplir en la esfera del hogar. Al respecto, el autor destaca la importancia del compromiso masculino de la “entrega del gasto” (la cantidad diaria o semanal que el ama de casa espera para cubrir los gastos de la comida y administración de la casa) y cómo se negocia el poder desde una aceptación de los roles culturales de género. De este modo, un hombre puede conservar sus funciones y desempeñar su rol de autoridad, aun cuando la mujer realice aportes sustanciales a la economía del hogar.

La investigación revela diferencias encontradas entre hogares indígenas y no indígenas. En los primeros, la responsabilidad económica no es exclusiva del hombre, y que la mujer trabaje no representa un motivo de conflicto. Así, resulta frecuente escuchar la expresión *nos ayudamos*, por lo que el autor plantea una relativa separación entre jefatura de hogar y aporte económico. En cambio, entre los no indígenas, la relación entre una cosa y la otra suele ser muy estrecha. Otra diferencia encontrada consiste en una mayor frecuencia de familias nucleares entre los indígenas con respecto a los no indígenas, aunque las redes familiares de los primeros se mantienen y son importantes. A la vez, la proporción de hogares encabezados por mujeres es sumamente baja entre los indígenas y, en caso de separación, los varones siguen responsabilizándose económicamente por sus hijos. En general, Bastos Amigo propone que en esta población no se produce una separación entre las esferas productiva y reproductiva, como es usualmente el caso entre los no indígenas, y concluye que las mujeres indígenas tienen una “mayor capacidad de autonomía, precisamente porque esta no menoscaba la percepción de la responsabilidad entre los hombres que las acompañan”.

Desde 1983, el Departamento de Estudios sobre Familia del Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas (CIPS) de La Habana ha realizado numerosos estudios, contribuyendo de manera decisiva al conocimiento de la familia cubana. Mareelén Díaz Tenorio, Yohanka Valdés Jiménez y Alberta Durán Gondar, investigadoras de dicho centro,

nos ofrecen un amplio panorama y una revisión de los trabajos allí realizados, por lo que su artículo constituye una obra de consulta obligada para quienes quieran asomarse a esta realidad. La definición de *familia* empleada en el CIPS corresponde a lo que frecuentemente otros investigadores han designado como *hogar*, es decir, un grupo emparentado que comparte vivienda y presupuesto común. En sus conclusiones, las autoras señalan algunos de los principios que han guiado las investigaciones en el CIPS, entre los cuales se destacan: la importancia de abordar la familia desde su dimensión tanto individual como grupal; la necesidad de examinar el contexto social en el que esta se inserta y considerar el origen y evolución histórica del grupo familiar que se estudia; la importancia de tomar en cuenta la etapa de desarrollo en que se encuentra cada grupo familiar; y, finalmente, la conveniencia de incluir los enfoques de género y generación en la investigación.

Habiendo sido el estudio del parentesco uno de los pilares de la antropología clásica, trazar genealogías en el campo con la finalidad de conocer la terminología de parentesco se convirtió en uno de los métodos más usuales en la investigación de dicha disciplina. El trabajo de Luis Guillermo Davinson Pacheco presenta el método genealógico con una faceta que quizás no sea tan conocida, que consiste en utilizar la entrevista genealógica para obtener información de rubros no necesariamente relacionados con el parentesco. De este modo, sin desplazarse, el investigador puede obtener de un informante datos de sus parientes con respecto a la ocupación, economía familiar, migración, escolaridad y causa de muerte, entre muchos otros temas. Así, se logra información sobre un número importante de individuos y grupos familiares. Esta técnica –que desde hace muchos años ha constituido una de las herramientas clave utilizadas por los estudiantes del Posgrado en Antropología Social de la Universidad Iberoamericana en la Ciudad de México, donde realizó sus estudios el autor– tiene una gran potencialidad para otras disciplinas sociales.

A partir de los datos obtenidos en su investigación antropológica en un pueblo de Mixteca Alta, del estado mexicano de Puebla, en el primer artículo de la segunda sección del libro, Dubravka Mindek efectúa una serie de reflexiones y cuestionamientos sobre el supuesto *modelo tradicional* del matrimonio y la dirección de los cambios que habría producido la modernización. El artículo proporciona una advertencia respecto de la tendencia a aplicar acríticamente esquemas y modelos interpretativos supuestamente universales a contextos culturales particulares. También pone en tela de juicio la idea, sostenida por algunos investigadores, de que el abandono por parte del hombre se produce cuando este, por situaciones de precariedad en el empleo, no puede cumplir con su rol de proveedor. Sus críticas se refuerzan con una revisión bibliográfica propia sobre 31 grupos indígenas de México –que desarrolló en otro trabajo– y algunas referencias que señalan que, durante el siglo XVI y el período

tardío colonial en México, las separaciones entre los indígenas resultaban frecuentes. De este modo, la autora concluye rechazando las tendencias universalistas para explicar las disoluciones de las uniones, al tiempo que resalta la necesidad de tomar en cuenta los distintos contextos culturales en donde se observa el fenómeno.

En su análisis de los altos índices de divorcio registrados en las últimas décadas en Cuba, Yohanka Valdés Jiménez se centra en su impacto en la dinámica familiar. Propone un abordaje transdisciplinar para superar los estudios parciales y fragmentados de las distintas disciplinas de las ciencias sociales. Valdés Jiménez aboga por la necesidad de sistematizar los datos más significativos sobre la pareja y el divorcio aportados por distintas investigaciones. Para ello, divide los datos en cuatro apartados principales: los aspectos legales asociados al divorcio; un panorama socio-demográfico del proceso de formación y disolución de parejas; el divorcio como proceso, con sus distintas etapas; y los efectos del divorcio sobre la familia cubana. En este último apartado, se ponen de manifiesto los efectos psicológicos sobre los hijos y el aumento de los hogares encabezados por mujeres, así como los mecanismos adaptantes que impiden, a pesar de las expansivas repercusiones, que se extinga la familia.

En el primer artículo del apartado “Dimensiones de la infancia”, Roger Magazine proporciona un buen ejemplo de cómo la observación participante de los estudios de pequeños universos permite cuestionar los esquemas convencionales. El autor nos ofrece interpretaciones que divergen sustancialmente de las sostenidas por las ONG especialistas sobre “bandas” de niños de la calle de la Ciudad de México. Magazine argumenta que el supuesto aumento de la población de niños de la calle se explica mejor por un cambio en la política de las autoridades de la ciudad, que anteriormente recogían a menores de la calle y los depositaban en internados por razones “estéticas y de seguridad”. Magazine cuestiona el mito del desorden social en la vida cotidiana de los niños de la calle y destaca que esta tiene claras similitudes con formas organizativas comunes a las comunidades rurales de origen indígena, de las que provienen. La caracterización de estos jóvenes como “seres casi salvajes, cuyas acciones están guiadas por impulsos fisiológicos”, resulta ser una representación errónea de la realidad.

Abordando la problemática de los niños de la calle desde otro ángulo, Antonio Sandoval Ávila analiza las condiciones socioculturales de la vida de las familias de Guadalajara, México, que tienen niños *en la calle*. Para ello, toma en cuenta el lugar de procedencia de las familias y la zona de la ciudad en la que se han instalado. La pregunta que guía la investigación del autor es por qué y cómo ciertas familias se convierten en “expulsoras” de niños a la calle. Una de las causas que encuentra es que el desempleo, los ingresos insuficientes y la disminución del presupuesto gubernamental en partidas sociales han afectado la capacidad

de reproducción económica y cultural de las familias, al tiempo que promueven la transformación de los roles familiares, sus formas de organización y la diversidad de los propios grupos familiares (monoparentales, nucleares o extensos).

El artículo de Alberta Durán Gondar constituye un interesante ejemplo del enfoque psicosocial desarrollado en el CIPS de La Habana. A partir de un concurso de preguntas y un dibujo en una revista infantil, Durán Gondar analiza las representaciones que los niños y adolescentes construyen de su grupo familiar. Este abordaje metodológico revela los valores y concepciones de todos sus integrantes, resaltando la complejidad estructural de la familia cubana. El estudio también recoge información relacionada con las representaciones de lo óptimo y lo indeseable dentro del ámbito familiar, así como de los diferentes roles sociales –asociados estrechamente al trabajo doméstico– desempeñados por cada uno de sus miembros. El aspecto más destacado por los encuestados es la dimensión relacional, que aparece como principal activador de las situaciones armónicas y de cohesión social.

En su estudio sobre el trabajo infantil en Chile, Fernando Mau-reira Estrada pone énfasis en la articulación de los diferentes sectores sociales en una economía dependiente, como condición necesaria para poder entender la reproducción de las unidades familiares en situación de pobreza. Desde su perspectiva, el trabajo de los menores, básicamente, se da en función de dos factores: los rasgos socioeconómicos de las familias a las que pertenecen, donde este trabajo resulta fundamental para asegurar la reproducción cultural, y la especificidad del contexto económico regional y nacional, que determina en conjunto la forma, oportunidad y características específicas que asume el trabajo infantil. En definitiva, y según el autor, la mano de obra infantil depende fuertemente del grado de capitalización, el uso intensivo de la tecnología y las disponibilidades de mano de obra adulta.

El apartado “Grupos étnicos y sociales: estudios de casos” reúne trabajos que proporcionan una pequeña muestra de la enorme diversidad étnica latinoamericana. Los primeros dos artículos constituyen dos de los contados ejemplos de la aplicación en América Latina del método de reconstitución de familias, desarrollado por la escuela francesa de demografía histórica. En su contribución al presente volumen, Sérgio Odilon Nadalin aplica la técnica a una parroquia luterana de descendientes de inmigrantes alemanes asentados desde 1866 en Curitiba, en el estado brasileño de Paraná. A diferencia de otros investigadores que han aplicado este método, el autor utiliza el complejo conjunto de herramientas estadísticas inherentes a él para abordar un proceso que frecuentemente ha sido designado como *aculturación*. Nadalin muestra cómo, en sus comportamientos, las familias de origen germánico se volvieron “brasileñas”. Dicho proceso, que el autor divide en cuatro etapas,

fue complejo y contradictorio, ya que se produjo no sólo en el contexto de una evolución de la identidad étnica sino también en contextos de urbanización y modernización.

En contraste con los estudios de identidad que se basan en el discurso de los actores, Nadalin destaca, a través de finas mediciones estadísticas, cómo los luteranos germanos de Curitiba cambiaron comportamientos sexuales y reproductivos. El cambio más notable consistió en un sensible descenso de las concepciones prenupciales, a medida que los descendientes alemanes adoptaban las conductas y prácticas de sus vecinos de la sociedad brasileña. Además, el investigador, cuyo propósito inicial fue rastrear a los miembros del grupo para conocer sus procesos demográficos, encuentra que algunos de ellos se pierden y escapan al análisis al dejar la Iglesia Luterana e integrarse de manera más contundente en la sociedad luso-brasileña.

En el siguiente artículo de este apartado, María Luiza Andreazza plantea una serie de preguntas con respecto a la inmigración surgida a partir de una combinación del método de reconstitución de familias con la etnografía de los ucranianos de la colonia agrícola de Antonio Olyntho, en el sur del estado brasileño de Paraná. La línea principal es determinar si, en el caso de este grupo, la búsqueda de lo nuevo fue el factor que los impulsó a salir del este de Europa y asentarse, en 1895, en tierras brasileñas aún sujetas a ataques indígenas. La autora describe cómo, en la práctica, los ucranianos recrean la aldea campesina de la antigua provincia austro-húngara de Galicia, de donde habían emigrado, replicando instituciones como la iglesia y transmitiendo a sus hijos creencias mágicas propias de la tradición eslava. En lo que a la familia se refiere, los ucranianos reproducen un sistema familiar común en el este de Europa que incluye la virilocalidad (familia extensa al inicio de la unión) y la ultimogenitura masculina en la herencia. La combinación de la técnica de reconstitución de familias con la etnografía permite un fino análisis de la transición demográfica en su contexto cultural y constituye un ejemplo de interdisciplinariedad a nivel *micro*.

Los últimos tres artículos de este apartado tratan acerca de sendos grupos étnico-sociales de Nicaragua, con la salvedad de que el último realiza una comparación entre una población rural de este país y una de México central. Los estudios aquí presentados constituyen un ejemplo de que, incluso en un país pequeño como Nicaragua, es posible constatar una amplia diversidad sociocultural. Gracias a estos trabajos podemos observar la existencia de dos, y tal vez tres, sistemas familiares en este país centroamericano (y por *sistema familiar* me refiero, desde luego, al concepto desarrollado en el artículo de mi autoría en este volumen).

El texto de Melesio Peter Espinoza llama la atención en este sentido, pues muestra que las diferencias socioculturales entre la costa del Caribe y la del Pacífico de Nicaragua se observan también al nivel de la

organización familiar. Históricamente, la costa del Caribe no pudo ser dominada por la Corona Española y los *espaiiles* (derivado de “español”) o mestizos del Pacífico. El trabajo de Espinoza es el resultado de una investigación antropológica en la que el autor levantó censos en dos comunidades vecinas, en el contexto de prolongadas estancias en el campo. La tarea contó con el beneficio de que Espinoza es miskito y pudo realizar la investigación en lengua vernácula, algo fundamental si se tiene en cuenta que una proporción considerable de la población de la zona no domina el castellano. El sistema familia de los miskitos se funda en un fuerte principio matrilineal, que se manifiesta en la residencia uxorilocal y contrasta con prácticas muy distintas en otras regiones del país, tal como lo muestran los dos últimos artículos sobre Nicaragua.

En su trabajo, María Dolores Álvarez Arzate examina la familia como red de parentesco dentro de la población básicamente criolla (blanca), propietaria de fincas rurales, de la capital departamental de Estelí, en Nicaragua, donde predomina la residencia neolocal. Recurriendo al método genealógico, la autora realizó entrevistas entre sus miembros y otras personas relacionadas para obtener información sobre sus relaciones sociales. Álvarez Arzate también proporciona información sobre el compadrazgo y la costumbre de adopción de niños huérfanos por los padrinos, así como la práctica mediante la cual el padre incorpora al hogar hijos suyos nacidos fuera del matrimonio; estos, a pesar de ser reconocidos por su padre, suelen tener un estatus menor y llevan una mayor carga de tareas. Las dos genealogías se remontan al siglo XVIII y exhiben una marcada tendencia hacia la endogamia, con frecuentes casos de matrimonios entre parientes cercanos.

Guillermo Carrasco Rivas establece una comparación a diferentes niveles entre la producción alfarera de varios pueblos del departamento de Madriz, Nicaragua, y la misma actividad en un pueblo de Tlaxcala, México central. En ambos casos, la organización familiar puede describirse en términos del sistema familiar mesoamericano, es decir que se caracteriza por la residencia post-marital virilocal y las agrupaciones locales patrilineales. Sin embargo, debido a una amplia variedad de factores que el autor analiza, existen importantes diferencias en la organización del trabajo. Mientras que la alfarería en los pueblos de Nicaragua es una actividad femenina, en Tlaxcala la producción la realizan principalmente los hombres, aunque las mujeres también participan confeccionando cierto tipo de piezas y colaborando en algunas etapas de la producción.

El autor contextualiza estas dos modalidades de la división genérica del trabajo al señalar las diferentes prácticas de herencia: mientras en Nicaragua las mujeres heredan sólo el saber, transmitido por sus madres y perfeccionado bajo la supervisión de sus suegras, en Tlaxcala reciben tierras, aunque, siguiendo el patrón común en el área mesoamericana, en proporciones menores que las heredadas por sus hermanos. Los datos

del artículo nos abren perspectivas para reflexionar sobre el cruce de los ejes de *economía y cultura*.

Como demuestran los casos aquí presentados, en lo que concierne a la familia, la diversidad latinoamericana es sumamente amplia. Si puede hablarse de una “cultura latinoamericana”, en definitiva, no es al nivel de la vida familiar y la reproducción social de los grupos domésticos. Resulta interesante notar que, en un nivel, la unidad de América Latina es el resultado de la primera globalización de la era moderna, que se dio con la expansión extraeuropea de las dos naciones estado ibéricas. Estos estudios muestran que los poderes hegemónicos de los estados ibéricos no fueron capaces de aplastar las expresiones culturales locales en lo que respecta a la vida familiar y la conyugalidad. Es mi deseo que este modesto volumen inspire más trabajos empíricos que nos conduzcan a comparaciones, y que la participación de investigadores de distintas disciplinas en la reunión de Managua sea el inicio de un diálogo entre las disciplinas que más se abocan al estudio de la familia.

Concluyo reconociendo el importante papel de diversos individuos e instituciones, cuyo apoyo y ayuda fueron esenciales en las actividades de la coordinación del Grupo de Trabajo sobre Familia e Infancia, la realización del evento de Managua y la preparación del presente libro. En primer lugar, debo agradecer a Atilio Boron y Emilio Taddei, quienes desde CLACSO brindaron siempre sus consejos y apoyo en los proyectos de la coordinación. A Carmen Bueno Castellanos, en su calidad de directora de Ciencias Sociales y Políticas de la Universidad Iberoamericana, Ciudad de México, expreso mi gratitud por haberme animado a organizar el Grupo de Trabajo.

Mi reconocimiento también a la Universidad Iberoamericana, porque desde 1977 me respalda en mis proyectos de investigación, y por haberme asignado tiempo para la realización de las tareas correspondientes a la coordinación del Grupo de Trabajo. Asimismo, estoy agradecido a las autoridades de la Universidad Centroamericana de Managua, que generosamente ofrecieron sus instalaciones para la realización, entre el 16 y 18 de julio de 2001, de la I Reunión del Grupo de Trabajo de Familia e Infancia. Reconozco especialmente el apoyo brindado por esta casa de altos estudios, que nos recibió en el auditorio del Instituto de Historia Centroamericana. Recuerdo, sobre todo, a Margarita Vannini, directora del instituto, quien siempre estuvo atenta a las necesidades de la organización del evento, y al Padre Eduardo Valdés, S.J., entonces rector, por su amable apoyo y palabras alentadoras en la ceremonia de inauguración. La diligencia y empeño de mi asistente, Luis Guillermo Davinson Pacheco, fueron esenciales para el buen éxito de dicho evento.

En la recta final, en lo que se refiere a la corrección de estilo y preparación de los textos, fue principal el apoyo de David Lorente y Fernández y María del Carmen Cano Secade. Por último, agradezco a todos

los investigadores que participaron en la Reunión de Managua y en este volumen. Sin su presencia, el diálogo que se ha iniciado no habría sido posible. Sólo espero que continúe y que la difusión de sus trabajos favorezca la realización de más investigaciones empíricas y comparaciones en los temas de familia e infancia en América Latina.